nes de San Juan. Al unificarse, en el siglo XIX, tomó el nombre de Los Yébenes.

Su puerto salva el segundo escalón de Los Montes. Desde su culminación se divisa el admirable paisaje de la fértil llanura de Orgaz, con las cuadrículas amarillas y rojizas de las rastrojeras y barbechos, en régimen de pequeña propiedad.

DE ORGAZ A TOLEDO

En la llanura, la villa de Orgaz con la línea barroca de su monumental iglesia y el castillo de gótica estructura. De aquí fué Conde aquel famoso personaje que pintó el Greco en su milagroso entierro.

Advertimos afloraciones graníticas antes de llegar a Sonseca, pueblo famoso por los mazapanes, que entran en competencia con los tan justamente celebrados de Toledo. Campos de retamas, huertas con norias, algunas movidas por fuerza eléctrica.

Ajofrín, patria del popular músico Jacinto Guerrero, que comenzó siendo *seise* de la Catedral Primada.

Antes de llegar a Toledo, ya muy próximos, el reducido caserío de Burguillos, que conserva el topónimo de clara raíz visigoda.

¡TOLEDO!

Entramos en la Ciudad por la carretera que da acceso al barrio extramuros de Santa Bárbara. Dominante, queda el castillo de San Servando, hoy Colegio Menor, restaurado por Alfonso VI y, andando los siglos, por el magnífico arzobispo Don Pedro Tenorio, originario de Talavera de la Reina.

Cruzamos Toledo en dirección al Instituto Geofísico, visitándole en sus secciones de Sismología y Magnetismo.

Al paso, entrevemos el Hospital de Tavera con el armonioso patio renacentista, como su fachada. En él se guarda el cuerpo de su benéfico fundador, el Cardenal de ese nombre, en su sepulcro admirable debido al cincel de Berruguete.

Rápidamente visitamos San Juan de los Reyes, en reconstrucción avanzada, ese preciosísimo gótico de tan alta distinción y elegancia, que el claustro se abarroca.

En Santa María la Blanca no sabemos qué admirar más, si los capiteles, la bella línea de los arcos o el armónico conjunto.

Recordamos en la Sinagoga del Tránsito a Samuel Leví, su fundador, ministro de Hacienda, diríamos hoy, de la Alteza Real de Pedro I de Castilla.

No podíamos dejar en esta visión cinematográfica de extasiarnos, una vez más, ante el Entierro del Conde de Orgaz y comentar la muerte de aquella gran señora Doña Isabel de Portugal, a la visita del palacio de Fuensalida.

Mirando hacia atrás, para no perder un instante la bella traza mudéjar de la torre de Santo Tomé, con sus restos visigodos incrustados, llegamos a la iglesia del Salvador, con una torre visigoda-árabe-cristiana. Se agotan los elogios el contemplar la sin igual pilastra visigoda, precedente insigne de la decoración asturiana.

La puerta o Torre del Sol, mandada construir por los freires de Calatrava en el siglo XIII, con el arco túmido de clara influencia almohade. Hoy reside en esta venerable reliquia, del más puro estilo mudéjar, la Asociación Estilo que edita una revista muy notable, conocida en toda España, inspirada en el amor a Toledo.

Por la puerta de Bab-el-Mardon llegamos a la mezquita del Cristo de la Luz, de ladrillo, pequeña, recoleta, hecha ya cuando el culto islámico se restringía. Las bóvedas nos recuerdan las idénticas que hace unos días veríamos en la gran mezquita cordobesa.

Recorremos con angustiosa rapidez las naves solemnes de la Catedral, *dives toletana,* oramos brevemente en el Sagrario, en donde se venera a la gloriosa patrona de Toledo, y salimos por el claustro para, con gesto admirativo, único posible en esta Ciudad, situarnos en varios ángulos de la Plaza, en donde adquiere la Catedral, con su torre «gótico suspiro», como la llamó un eximio poeta toledano, los más bellos perfiles. ¡Plaza de Toledo! Con el Ayuntamiento de factura herreriana y el Palacio Archiepiscopal, también renacentista, conjunto con la Catedral de los más insignes y nobles de Europa.

Todavía se construían grandes fábricas en el Toledo del siglo XVIII; ahí queda la antigua Universidad, levantada por el Cardenal Lorenzana, sede hoy del Instituto de Enseñanza Media. El colosalismo de las columnas del gran patio nos admira.

Ya en Zocodover, la antigua plaza dedicada al mercado de ganado y hoy el centro de la ciudad, nos asomamos por el Arco de la Sangre al plateresco hospital de La Santa Cruz.

Subimos por la cuesta del Alcázar, teniendo ocasión de recorrer el gigantesco recinto, cargado de historia, que se reconstruye para que Toledo de nuevo se corone con su imperial cimera.

Ya en el coche, decimos adiós a Toledo, «peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades», como la definiera, con inspirada certeza, Miguel de Cervantes. Montada en su ingente peñasco, abrazada por la línea azul del Tajo, culminada por el Alcázar y las torres de San Román, desde donde fué proclamado Alfonso VIII, y de la Catedral, sobresaliendo las moles de San Ildefonso y de San Marcos, Toledo ofrece, en soberbia panorámica, un conjunto urbano singular, tal vez único.

Toledo no se ha mixtificado, ha permanecido substancialmente fiel al pasado. Aquí reside su valor, fama y prestigio.

Salimos por la puerta de Bisagra, verdadero arco de triunfo, con las águilas imperiales.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Ayer y hoy. 3/1960.